



III DOMINGO DE ADVIENTO
APERTURA DE LA PUERTA DE LA MISERICORDIA
S.A.I. Catedral del Salvador, 13 de diciembre de 2015

Queridos hermanos,

Os saludo a todos cuantos habéis venido a participar en esta apertura del Año Jubilar de la Misericordia en nuestra Diócesis, a cuantos acabamos de pasar por la Puerta Santa de la Misericordia que es nuestro Señor Jesucristo: sacerdotes, religiosos y laicos.

En el tercer domingo de adviento la Iglesia nos invita a la alegría: ¡alégrate, regocíjate y disfruta! ¿Dónde nace nuestra alegría?

La misericordia es la vía que une a Dios con el hombre (MV 2), es viva, visible y alcanza su culmen en Jesús de Nazaret; Jesucristo con su palabra, sus gestos y toda su persona revela la misericordia de Dios (MV 1). Él es el único camino que nos conduce al Padre. La Puerta Santa nos remite al corazón misericordioso de Dios, desvelado en el costado abierto de Cristo en la cruz. Celebrar el Jubileo de la Misericordia significa poner en el centro de nuestra vida personal y de nuestras comunidades a Jesucristo, al corazón de Cristo abierto por nuestro amor. Él es la Misericordia hecha carne, que hace visible para nosotros el gran Amor de Dios (cf. *Audiencia*, 9/12/2015).

La Palabra de Dios nos ofrece hoy tres razones para la alegría.

1. ¡Alégrate, el Señor tu Dios está en medio de ti!

El profeta Sofonías proclama con esta expresión la fidelidad y el amor de Dios sobre su pueblo. Dios se alegra con su pueblo; lo ama de tal manera que ninguna infidelidad echa atrás su favor y su alegría; como un padre o una madre se goza con sus hijos. Dios es «compasivo y misericordioso, lento a la ira, y pródigo en

amor y fidelidad», un Padre «rico en misericordia». Este Dios está en medio de ti, en medio de su pueblo, en medio de la Iglesia, en el centro de tu corazón.

En este Año Santo, el Papa nos invita a «contemplar el misterio de la misericordia [de Dios]. Es fuente de alegría, de serenidad y de paz; y es condición para nuestra salvación. Misericordia: es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad; es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro» (MV 2).

“Jubileo” es entrar en ese misterio del “júbilo divino”: Dios se alegra con nosotros, sus hijos, se goza en habernos creado y nos ama. Por eso el Papa nos llama a «sentir intensamente dentro de nosotros la alegría de haber sido encontrados por Jesús, que, como Buen Pastor, ha venido a buscarnos porque estábamos perdidos» (*Homilía*, 9/12/2015).

El final del libro, el profeta Sofonías prorrumpe en un apasionado “alégrate” por parte de Dios. Habían pasado cuatro siglos de noche espiritual, sin una voz profética que alentara el ánimo de quienes sufrían la dominación asiria y un reinado funesto que llevaba a la ruina a Israel. De pronto, Dios llama a Sofonías para gritar su amor y su misericordia sobre el pueblo sufriente: «Alégrate, grita de gozo, regocíjate» (Sof 3, 14). Dios invita al júbilo, a la alegría que sólo él puede darnos.

De modo similar, el Papa nos convoca a un “jubileo” extraordinario, a “alegrarnos” con Dios, a gozar de su misericordia, de su fiel amor, de su ternura. ¡No temamos! Jesucristo misericordioso está en medio de nosotros.

2. ¡Alegraos siempre en el Señor: el Señor está cerca!

La segunda razón de nuestro júbilo es que el Señor está a punto de llegar.

San Pablo se dirige a la primera comunidad que había evangelizado y, a pesar de estar cautivo, la apremia a la concordia y a la alegría. El motivo de esta alegría es la “cercanía del Señor”. Se trata de la cercanía de Dios en dos dimensiones: la escatológica: el Señor Jesús regresará al final de los tiempos para dar plenitud a su obra redentora, y también se trata de la cercanía cotidiana, del gozo que significa vivir en Cristo. No se trata de risas fáciles ni de un optimismo voluntarista, sino de vivir injertados en Cristo, a la medida de Cristo, “medida” que sirve como medio de evangelización.

Dirigir la mirada a Dios, Padre misericordioso, y a los hermanos necesitados, significa orientar nuestra atención al corazón del Evangelio: a Jesús, la Misericordia hecha carne, que hace visible a nuestros ojos el gran misterio del Amor trinitario de Dios... En nuestra época de profunda inestabilidad, la Iglesia está llamada a contribuir, haciendo visible la presencia y la cercanía de Dios. Y el Jubileo es un tiempo favorable, de modo que nosotros, contemplando la Divina Misericordia que supera los límites humanos y resplandece sobre el pecado, lleguemos a ser testigos convencidos y eficaces... Así demostraremos que la misericordia puede contribuir realmente a la edificación de un mundo más humano. Especialmente en nuestro tiempo, donde el perdón es un huésped raro en los ámbitos de la vida humana: en la sociedad, en las instituciones, en el trabajo y también en la familia (cf. *Homilía*, 9/12/2014).

3. Y nosotros, ¿qué debemos hacer?

El tercer motivo de nuestra alegría es la conversión.

En el evangelio que hemos proclamado, san Lucas presenta la salvación que trae Jesús: es una salvación para todos, judíos y paganos. Unos soldados hacen a Juan esta pregunta: ¿qué debemos hacer?, ¿cómo hemos de actuar? La salvación de Dios no es algo intemporal o abstracto, se inserta en un aquí y ahora personal. Juan Bautista invita a las “obras de misericordia” como camino de auténtica conversión: «El que tenga dos túnicas, que comparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo» (Lc 3, 11). Esa voz que grita en el desierto de nuestra indiferencia ante el hermano que sufre, sigue clamando hoy para despertar nuestras entrañas misericordiosas.

La puerta de la misericordia de Dios se abre a la Iglesia para que también nosotros podamos entrar por ellas y experimentemos la misericordia divina; se abren para que la Iglesia y cada uno de nosotros, salgamos al encuentro de los demás siendo testigos y operarios de misericordia. «La Iglesia ha sido animada a abrir sus puertas, para salir con el Señor al encuentro de sus hijos y de sus hijas en camino, a veces indecisos, a veces perdidos, en estos tiempos difíciles... El Jubileo se refiere a la gran puerta de la misericordia de Dios, pero también a las pequeñas puertas de nuestras iglesias abiertas para dejar entrar al Señor -o muchas veces dejarle salir- prisionero de nuestras estructuras, nuestro egoísmo y de muchas cosas» (*Audiencia*, 18/11/2015).

A la pregunta ¿qué debemos hacer? el Santo Padre nos responde:

1. Ser «Misericordiosos como el Padre»: es el lema de este Año Santo; y esto significa experimentar la misericordia de Dios en nuestra propia vida y ser sus testigos ante los demás, especialmente los más necesitados (MV 14).
2. Peregrinar a la Puerta Santa. La peregrinación tiene el significado de que cada uno en particular y la comunidad cristiana caminemos por el camino de la misericordia. La misericordia es una meta por alcanzar, que requiere compromiso y sacrificio (*idem*).
3. Ejercitar las obras de misericordia corporales y espirituales. Es nuestra forma de «realizar la experiencia de abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales» (MV 15).
4. La oración y el sacramento de la reconciliación, que nos insertan en la entraña de la misericordia de Dios.

Queridos hermanos, nuestra Iglesia de Ávila desea vivir este Año Santo como un momento extraordinario de gracia y de renovación espiritual (MV 3). «Es mi deseo -nos dice el Papa- que el Jubileo sea experiencia viva de la cercanía del Padre, como si se quisiese tocar con la mano su ternura, para que se fortalezca la fe de cada creyente y, así, el testimonio sea cada vez más eficaz» (*Carta*, 1/9/2015).

La puerta [de la misericordia] está generosamente abierta, pero es necesario un poco de coraje por nuestra parte para cruzar el umbral. ¡Todos somos pecadores! Aprovechemos este tiempo y crucemos el umbral de la misericordia de Dios que nunca se cansa de perdonar, ¡nunca se cansa de esperarnos! Nos mira, está siempre a nuestro lado. ¡Ánimo! Entremos por esta puerta (cf. *Audiencia*, 18/11/2015). Así sea.

+ Jesús, Obispo de Ávila